

El papel reconciliador de los eclesiásticos en la Guerra Civil: el caso de Marcelino Olaechea

D. Guillermo Valiente Rosell

Licenciado en Humanidades y en Periodismo. Máster en Formación para
Profesor de ESO y Bachillerato

Resumen

Este trabajo analiza el discurso pronunciado por el obispo Marcelino Olaechea el 15 de noviembre del año 1936. Este mensaje constituye un ejemplo de la labor de reconciliación que realizó la Iglesia durante la Guerra Civil Española, que muchas veces ha sido ignorada debido a su posicionamiento a favor del bando sublevado.

Abstract

This paper analyzes the speech delivered by the Bishop Marcelino Olaechea on November 15, 1936. This message is an example of the work of reconciliation made by the Catholic Church during the Spanish Civil War, which has often been ignored because of its support to the revolted faction.

Palabras Clave

Guerra Civil Española, Iglesia española, Marcelino Olaechea, reconciliación.

Keywords

Spanish Civil War, Spanish Church, Marcelino Olaechea, reconciliation.



Introducción

Al comenzar la Guerra Civil, los principales partidos y grupos católicos apoyaron la sublevación contra el Gobierno del Frente Popular, con la excepción del Partido Nacionalista Vasco y la *Unió Democràtica de Catalunya*, que pese a carácter católico, mantuvieron su apoyo al Gobierno de la República debido a sus intereses autonomistas. La primera manifestación de apoyo a los rebeldes por parte de la Iglesia española sería la pastoral colectiva de Múgica y Olaechea, obispos de Vitoria y Pamplona respectivamente.

Desde este momento, el término “cruzada” referido a la guerra comenzó a ser utilizado por distintos obispos como Rigoberto Doménech, prelado de la diócesis de Zaragoza, Enrique Pla y Deniel, obispo de Salamanca, o Isidro Gomá, cardenal primado de Toledo, en un escrito del 23 de noviembre de 1936.

El 19 de diciembre de 1936, el cardenal Gomá fue designado en Roma «encargado confidencial ante el Gobierno de Franco»¹, y a finales de mayo de 1937 desaconsejó buscar una mediación entre los dos bandos en guerra debido al rencor contra la Iglesia que profesaban los frentepopulistas y al carácter revolucionario que había adoptado el conflicto en el lado republicano².

A lo largo de la primavera de 1937 se fue fraguando la idea de una carta colectiva del episcopado español. Como explica Ricardo de la Cierva, “el propio Franco pidió formalmente al cardenal Gomá que el documento se dirigiera a los obispos de todo el mundo para reducir las tergiversaciones de una parte de la opinión católica mundial sobre la guerra de España”³. La Carta Colectiva, firmada por 43 obispos y 5 vicarios capitulares, se publicó el 1 de julio de 1937. En ella, entre otras cosas, se reconoce que la misión principal de la Iglesia en

¹ R. de la Cierva: *Historia de la Guerra Civil Española*. Madrid, Fénix, 2006, p. 640.

² *Ibid.*, p. 641.

³ *Ídem.*



el conflicto civil es de reconciliación y de paz y se insiste en que la Iglesia nunca buscó ni quiso la guerra.

El presente estudio, *El papel reconciliador de la Iglesia en la Guerra Civil: el caso de Marcelino Olaechea*, busca mostrar cómo, a pesar de las habituales acusaciones de participación en la Guerra Civil a favor de los sublevados, la Iglesia española, pese a su apoyo al bando nacional, mantuvo una postura de reconciliación y de protección hacia todos los católicos, con independencia de su situación o de sus ideas políticas. Para ello, se analiza el discurso de Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, el 15 de noviembre del año 1936 durante la imposición de insignias a unas mujeres de Acción Católica. Este discurso es una muestra de que no sólo numerosos curas párrocos, sino también personas de gran importancia dentro del episcopado como Olaechea, pidieron siempre el perdón para todos los españoles.

Marcelino Olaechea y su mensaje a los católicos

Marcelino Olaechea pasará a la historia por la labor desempeñada como arzobispo de Valencia, donde llevó a cabo un gran trabajo tanto pastoral como social. Sin embargo, sus palabras de reconciliación dirigidas a todos los católicos y, en realidad, a todos los españoles, fueron pronunciadas cuando era obispo de Pamplona, durante los primeros compases de la Guerra Civil.

Marcelino Olaechea, hijo de un obrero, nace en 1889 en Baracaldo (Vizcaya) en un ambiente de austeridad, y durante su adolescencia ingresa en la Congregación Salesiana de San Juan Bosco. Estudió Filosofía en el colegio madrileño de Carabanchel Alto y Teología en Turín, y más tarde amplió sus estudios en Lieja. El 10 de octubre de 1917 fue llamado para dirigir el noviciado de Carabanchel, y más tarde sería provincial de los salesianos de Cataluña y Aragón.



El 25 de agosto de 1935, la Santa Sede se fijó en Olaechea y le nombró visitador de los seminarios eclesiásticos de Valencia, Granada y Sevilla. Será consagrado obispo en Madrid.

Su llegada a la diócesis de Pamplona como obispo tendrá lugar en una época muy complicada en la historia de España, por lo que Olaechea tendrá que demostrar su valor en los momentos de dificultad. El inicio de la Guerra Civil supone el estallido de violentas pasiones, y sobre la Iglesia se vierten muchos odios, lo que provocará que durante el conflicto sean asesinados numerosos sacerdotes, religiosos, obispos y seglares. Este es el contexto en el que Marcelino Olaechea se hace responsable de la Iglesia de Navarra. Esta región se posicionará desde un principio a favor del bando sublevado.

Olaechea siempre fue muy consciente de su humilde origen y supo comprender las dificultades de la vida de los pobres, y a lo largo de su vida repitió muchas veces que “debajo de las hopalandas del obispo, llevo la blusa del obrero”⁴. Esto le hizo volcarse en la ayuda a los más necesitados en su diócesis, donde impulsó numerosos proyectos sociales, y mostrarse especialmente abierto con las clases proletarias, los menesterosos y los marginados. A todos ellos siempre les dedicó su acción, su tiempo e incluso su dinero.

A lo largo de la guerra visitó frecuentemente el Fuerte de San Cristóbal, donde se hallaban recluidos muchos detenidos por causas políticas. Olaechea acudía a consolarles con su palabra confortadora y trató de hacer gestiones para liberar a aquellos que padecían situaciones más graves. También amparó a numerosas familias y cuidó de sus feligreses durante el conflicto, sin distinción de ideas políticas o religiosas, pues tenía muy claro que su lugar estaba entre aquellos que necesitaban su apoyo.

Además de acudir a dar consuelo a los presos de guerra del Fuerte de San Cristóbal, Olaechea también atenderá a sus familiares. Tratará de acabar

⁴ A. Iniesta Corredor: *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*. Valencia, Asociación Católica de Maestros, 1993, p. 23.



con el resentimiento y con el odio practicando la caridad. Además de esto, su labor en la diócesis de Navarra incluye la acogida de sacerdotes huidos de la zona republicana, una pastoral sobre la enseñanza en las escuelas e instrucciones a los capellanes militares para recordarles sus obligaciones. Una de sus principales iniciativas y, sin duda, la que más ha perdurado, es la llamada Javierada, la peregrinación al castillo de Javier en honor a San Francisco Javier.

Alfonso Iniesta Corredor, en su obra *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*, dedicada a Marcelino Olaechea, insiste en la gran labor de ayuda a todos los que se la pidieron, y especialmente a los navarros, que desempeñó el obispo:

“Durante todo el tiempo que don Marcelino rigió la diócesis de Navarra, ejerció la caridad en diversas formas: fue su pasión noble y constante. Unas veces personales; se trataba de sacerdotes y religiosos procedentes de la llamada «zona roja» en la que se estaba llevando a cabo una terrible persecución que llevaría al martirio a muchos de sus compañeros, o casos de seglares diocesanos. Otras veces eran huéspedes ilustres. Algún obispo muy acongojado, algún monje de Montserrat huido... La residencia episcopal se hallaba sujeta a muchas incidencias derivadas de la guerra. Abierta a todos”⁵.

A raíz de la Guerra Civil, Olaechea encontrará muchas dificultades en su labor al frente de la diócesis de Pamplona, pues el ambiente se hallaba muy caldeado. El reto para el obispo estaba en lograr que ningún católico, con independencia de su inclinación política, se sintiera excluido o despreciado.

En un sermón del 15 de noviembre de 1936, Marcelino Olaechea pronunció unas palabras de perdón y reconciliación destinadas a todos los católicos y, en el fondo, a todos los españoles.

El obispo comienza apelando al mensaje cristiano:

⁵ A. Iniesta Corredor, op. cit., p. 31.



“Es palabra divina, dulce y consoladora de la suprema intercesión de Jesucristo muriente, por todos sus verdugos: «Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen»

¡Perdón, perdón! ¡Sacrosanta ley del perdón!

¡No más sangre; no más sangre!

No más sangre que la que quiere el Señor que se vierta, intercesora, en los campos de batalla, para salvar a nuestra Patria gloriosa y desgarrada: sangre de redención, que se junta, por la misericordia de Dios, a la sangre de Jesucristo, para sellar con sello de vida, pujante y vigorosa, a la nueva España, que nace de tantos dolores.

No más sangre que la decretada por los Tribunales de Justicia, serena, largamente pensada, escrupulosamente discutida, clara, sin dudas, que jamás será amarga fuente de remordimientos.

Y...no otra sangre.

(...) Practicad con todo el amor, predicad con toda la energía, las palabras de Jesucristo en la Cruz, esas palabras que distinguen a los cristianos: «Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen». Nosotros no podemos ser como nuestros hermanos de la otra banda; esos hermanos ciegos, envenenados, que odian, que no saben de perdón”⁶.

Pide a los católicos que actúen como tales:

“No podemos ser como ellos: hemos abrazado una ley de perdón, y en ella nos apoyamos para que Dios nos perdone. ¡Católicos! Cuando llegue al pueblo el cadáver de un héroe muerto por defender a Dios y a la Patria en el frente de batalla, y lo lleven en hombros y llorando los mozos, sus compañeros de valentía, y una turba de deudos y amigos acompañe sollozando el féretro, y se sienta hervir la sangre de las venas, y rugir la pasión en el pecho, y descerraje los labios un grito de venganza, entonces que haya un hombre, que

⁶ M. Olaechea: “*Pasó haciendo el bien*”. Pamplona, Aramburu, 1946, pp. 127-128.



haya una mujer, que pague, sí, a la naturaleza su tributo de lágrimas (si no las puede sorber el corazón), pero que se llegue al ataúd, extienda sobre él los brazos y diga con toda su fuerza: «No, no; atrás, atrás; la sangre de mi hijo es sangre redentora; estoy oyendo su voz, como la de Jesucristo en la Cruz; acercaos y sentiréis que dice perdón. ¡Que a nadie se le toque por mi hijo! ¡Que nadie sufra! ¡Que se perdone a todos! Si el alma bendita de mi mártir, que goza de Dios, se os hiciera visible, os desconocería. No sois cristianos. Si os dierais a la venganza y os pudiera maldecir, os maldeciría yo y mi hijo»”.

(...) Perdón y caridad, hijos míos.

(...) Se allanarán la montaña y la sima, y por la ruta feliz de la paz, marchemos todos, como hermanos, cantando la santidad de la Iglesia, en la prosperidad y grandeza de la Patria”⁷.

Y finaliza pidiendo que se acabe con la venganza:

“Que mueran los odios.

Ni una gota más de sangre de castigo.

(...) Trabajad para que no haya una mano que haga saltar con injusticia una gota de sangre.

Ni una gota de sangre de venganza.

Una gota de sangre mal vertida pesa como un mundo de plomo en la conciencia honrada: no da reposo en la vida y satura de pena y remordimiento en la muerte.

Una gota de sangre ahorrada endulza toda la vida; y da la esperanza de toda una gloria.

(...) Ya no habrá izquierdas ni derechas: no habrá partidos; todos hermanos”⁸.

⁷ M. Olaechea, op. cit., pp. 128-129.

⁸ Ibíd., pp. 129-130.



El mensaje del obispo Olaechea buscaba, en los primeros meses de la guerra, evitar derramamientos de sangre innecesarios fruto de los deseos de venganza que las circunstancias del conflicto civil pudieran suscitar. Es una petición a los católicos de que, tal y como enseña su religión, fueran capaces de perdonar. Olaechea considera justa la guerra y la justicia que emanaba de los Tribunales, por violenta que fuese. Sus palabras sólo buscaban evitar la venganza, evitar verter más sangre de la que ya se estaba vertiendo en los campos de batalla, pues él entendía que, en la guerra, la labor del sacerdote era ser “mediador de paz”⁹.

Marcelino Olaechea vivió toda la Guerra Civil en Pamplona, donde permaneció hasta que en 1945 se despidió para marcharse a la archidiócesis de Valencia. En la ciudad del Turia se encontró con un clero diezmado por la violencia, las iglesias devastadas y una enorme miseria entre sus feligreses. Como arzobispo de Valencia se pronunció en numerosas ocasiones para defender a las familias cristianas y los derechos de los trabajadores y llevó a cabo una importante obra social.

A lo largo de su vida desempeñó cargos importantes y recibió gran cantidad de condecoraciones. Fue vicepresidente de la comisión de seminarios en el Concilio Vaticano II y presidente de las comisiones de seminarios, enseñanzas y emigración en el Episcopado español, abad honorario del Monasterio de Silos, asistente al solio pontificio, Gran Cruz de la Legión de Honor, Gran Cruz de Isabel la Católica y procurador en Cortes, entre otros¹⁰.

Cuando Marcelino Olaechea, en 1966, conoció el decreto *Ecclesia Sanctae* de Pablo VI, que limitaba por edad la permanencia de los obispos al frente de sus diócesis, presentó su dimisión, antes, incluso de que el decreto llegara oficialmente, pues él sobrepasaba los 75 años¹¹.

⁹ A. Iniesta Corredor, op. cit., p. 100.

¹⁰ Ibíd., p. 89.

¹¹ Ibíd., p. 107.



Olaechea siempre consideró que, para que la paz llegara verdaderamente a España, no bastaba con que se hubieran dejado las armas, sino que había que saber perdonar. Y en ello insistió tras la guerra:

“Desarmemos las manos, pero desarmemos antes los corazones si queremos sentirnos hijos de un mismo Padre, que está en los cielos; si queremos sentirnos hijos de una misma Patria redimida con tantos dolores. No es patriota el que siembra división; no es patriota el que odia a su hermano; no es patriota el que no perdona, el que no estruja el rencor de su corazón maltrecho”¹².

Conclusiones

Como se puede ver en el análisis de la figura de Marcelino Olaechea y, en especial, de sus palabras realizado en este trabajo, la idea de reconciliación no estuvo ausente en la Iglesia española durante la Guerra Civil, sino que fue puesta en práctica durante la contienda por prelados de primer orden, como es el caso de Marcelino Olaechea, sin olvidar el papel que jugaron numerosos sacerdotes anónimos que, en las distintas parroquias, trataron de dar consuelo y apoyo a todos los fieles católicos sin mirar sus simpatías políticas ni su pasado.

Atendiendo al estilo del discurso de Olaechea, las palabras del obispo tienen un claro estilo pastoral. Parte del mensaje y del ejemplo de Cristo para exhortar a los fieles a que acaben con el derramamiento de sangre producto de la venganza. En ningún momento el prelado se refiere a las muertes provocadas directamente por el enfrentamiento bélico, ni tan siquiera a aquellas que decretaban los tribunales de justicia, sino que únicamente alude a aquellas que tenían lugar en la retaguardia, fruto del odio y del resentimiento. Pide perdón y caridad hacia el adversario en un discurso lleno de menciones

¹² M. Olaechea, op. cit., p. 142.



del amor cristiano, y lo hace siempre a partir del ejemplo de Jesucristo, pues el mensaje iba dirigido a las devotas mujeres de Acción Católica. No es un mensaje imparcial ni pretende serlo, pero mantiene una distancia, necesaria en un mensaje pastoral, con cualquier posicionamiento político, y su contenido vale para todos los españoles del momento y, en especial, para los católicos. Olaechea siempre tuvo muy claro que era fundamental para la reconciliación que prevaleciera una actitud verdaderamente cristiana después de la guerra y por ello insistió en que el perdón debía imponerse frente al odio.

El discurso guarda relación con las circunstancias que vivía su autor en el momento en que fue pronunciado, y también con el estado de la Guerra Civil Española en ese momento. El mensaje data de 1936, primer año de la guerra, por lo que se expresa en un contexto en el que la violencia política estaba en su máximo nivel y en el que en la retaguardia de ambos bandos se practicaba una brutal violencia que tenía como base el deseo de venganza. Por ello, el mensaje se centra especialmente en los crímenes que tenían lugar desvinculados de los frentes de batalla y que se convirtieron en algo habitual con la excusa de la guerra.

Olaechea está convencido de la legitimidad de la causa del bando sublevado y de la necesidad de que éste triunfe en el conflicto, pero no de cualquier manera ni por cualquier medio. Por eso insiste en actuar como verdaderos cristianos, practicando la piedad y el perdón, sin quedarse en la mera intención o en las palabras.

También es importante analizar la trascendencia que tuvo el mensaje para así poder determinar su importancia real y el efecto que tuvo. Es evidente que no sirvió para poner fin a la guerra — tampoco era esa su intención— ni para que cesaran completamente los abusos ni las represalias, pero sí que constituyó todo un ejemplo de actitud cristiana en pleno conflicto entre compatriotas.

La trascendencia del discurso, pronunciado en la Iglesia de San Agustín, en Pamplona, no se limitó únicamente al ámbito de Acción Católica, al que



perteneían los destinatarios. El obispo de Pamplona dio instrucciones para que los párrocos se ocuparan de leer el documento en misa solemne del primer día festivo que estimaran más oportuno en sus respectivas feligresías. Además, debían comentarlo debidamente en la homilía¹³. El mensaje, por tanto, se extendió por las distintas parroquias de la diócesis de Pamplona y llegó a oídos de la mayoría de los católicos de buena parte de España.

Las palabras de Olaechea fueron de las primeras que un miembro de la jerarquía eclesiástica pronunciaba contra la represión, y constituyen una prueba de que la Iglesia no se mantuvo en silencio durante el conflicto, sino que intentó seguir cumpliendo su función pastoral y trató de evitar que sus fieles se entregaran a las represalias o a los desquites.

El efecto que tuvo la petición por parte de Marcelino Olaechea de poner fin a la venganza debe sumarse al ejemplo que él mismo dio con sus actos. Siempre trató de ayudar a todos los católicos que estuvieran en una situación difícil, con independencia de sus ideas políticas, y asistió a los familiares de los presos republicanos de la zona. Su mensaje fue una advertencia a todos los fieles para que no se olvidaran, en aquellas horas difíciles, de que los sentimientos de venganza debían ser desterrados en cualquier circunstancia.

¹³ M. Olaechea, op. cit., p. 130.



Bibliografía

- CIERVA, R. de la: *Historia esencial de la Guerra Civil Española*, Madrid, Fénix, 2006.
- INIESTA CORREDOR, A.: *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*, Valencia, Asociación Católica de Maestros, 1993.
- MARTÍN RUBIO, A. D.: *Paz, piedad, perdón... y verdad*, Madridejos, Fénix, 1997.
- MOA, P.: *Los mitos de la Guerra Civil*, Madrid, La esfera de los libros, 2003.
- OLAECHEA, M.: *“Pasó haciendo el bien”*, Pamplona, Aramburu, 1946.
- PAYNE, S.: *¿Por qué la República perdió la Guerra?*, Madrid, Espasa, 2010.
- PRESTON, P.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Mondadori, 1999.
- TOGORES, L. E.: *Historia de la Guerra Civil Española*, Madrid, La Esfera de los libros, 2011.
- VIÑAS, A.: *La República en guerra: contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*, Barcelona, Crítica, 2012.

***Historia Digital*, XV, 26, (2015). ISSN 1695-6214**

© Guillermo Valiente Rosell, 2015

